

EL LECHERO

Buenas lecherías hay en San José, aunque, desgraciadamente, nos faltan vaqueras de la Finojosa.

A pesar de las lecherías, ya sea porque no bastan para el consumo, ya porque en ellas el artículo es caro y los vasos rebosan más de espuma que de leche los lecheros recorren las calles de la ciudad, introduciendo a ella esa rica y sana bebida, la cual traen de los lugares circunvecinos.

El lechero tiene rasgos que le son peculiares. Casi siempre es joven aún jovencito. Pocos son los hombres de edad madura que malgastan sus fuerzas en un oficio propio de rapazuelos, y que debe ser poco productivo. Los hombres sazones, dedicados a lecheros deber ser perniquebrados o inútiles para otro oficio.

A él están llamados los inválidos de las piernas, a causa de que los lecheros prestan sus servicios montados a caballo. ¡Y qué caballo! Siempre pasado en autoridad de cosa juzgada, tiene un trote en que trabajan casi solo las patas traseras, o sea trote de perro, que es el peor de los trotes habidos y por haber.

Como caballos de esas circunstancias necesitan de estímulos, al lechero nunca le faltan las espuelas, y con él no reza aquello que dice el Poema del Cid: "Qué mal haya el caballero que sin espuelas cabalga".

Y el caballo del lechero, mientras peor sea es mejor, porque hay que dejarle las riendas sueltas mientras

la leche se despacha; y porque un caballo bueno se malaría parándolo de puerta en puerta, como sucedía con los caballos de los médicos, cuando estos andaban a caballo y no en volanta, como ahora.

No obstante las malas condiciones de los caballos susodichos, cuando los muchachos lecheros se juntan, al regresar a sus lugares, suelen poner a aquellos a una especie de galope, parecido al único que, durante toda su vida, dio el famoso Rocinante.

El lechero monta enbutido entre cuatro grandes tarros de hoja de lata, dos delante y dos detrás, y el montarse y el apearse, en medio de tales adminículos, requiere no poca destreza para no dar al traste con los trastos.

Hay veces en que el lechero es esperado con agua de mayo, porque ha pasado la hora de costumbre y no no llega, y los niños de casa se impacientan; pero comparece al fin porque es siempre fiel a sus marchantes; y poco le importan las tempestades y las lluvias.

Tiene un modo especial de anunciarse frente a las puertas de las casas el silbido, sonoro, enérgico, estridente, inimitable.

De dos maneras pueden abusar los lecheros: falseando las medidas y bautizando la leche en alguno de los jordanes del camino. Por eso deben ser vigilados por la Policía de Higiene, cada uno de los cuales debería portar su "pesa-leche" y emplearlo de tiempo en tiempo, para proceder en justicia contra los defraudadores. Si así no se hace beberemos leche muy aguada.

El Herald de Costa Rica, 16 de enero de 1898.